



Obispo Robert J. Carlson

5800 Weiss St.
Saginaw, MI 48603-2799

Carta Pastoral Sobre la Evangelización

I. Ustedes serán mis testigos hasta los límites de la tierra

“El bien se difunde por sí mismo”: Es un antiguo principio teológico. Pero no hay que ser un teólogo para saber lo que esto significa. Cuando encontramos un buen restaurante lo queremos compartir con nuestros amigos, y lo hacemos. Cuando escuchamos una buena canción la queremos compartir con nuestros amigos, y lo hacemos. Cuando vemos una buena película o leemos un buen libro o encontramos una buena receta los queremos compartir con nuestros amigos, y lo hacemos. El bien se difunde por sí mismo. El bien quiere ser compartido, y cualquiera que resista el deseo de compartirlo es considerado un egoísta.

Sin embargo, algo curioso sobre muchos católicos es que hay algo bueno que somos renuentes a compartir: la buena nueva de fe en Jesucristo. Por una u otra razón, nuestra cultura nos dice que es un egoísmo guardarnos las cosas buenas para nosotros mismos, pero es descortés compartir la buena nueva de Jesucristo. Y, por una u otra razón, hemos vivido con este doble estándar. Hemos creído lo que nuestra cultura nos ha dicho.

Es hora de desafiar a nuestra cultura, a nosotros mismos. Es hora de dejar de seguir nuestra cultura, que nos habla de mantener a Dios alejado del público, y comenzar a seguir al Señor, que nos pide que seamos sus testigos hasta los límites de la tierra. (Hechos 1, 8). Si compartir la buena nueva sobre cosas mundanas es una expresión de alegría y una muestra de amor por la gente con quien compartimos esa alegría, entonces tiene sentido que queramos mostrar nuestro amor por esa misma gente compartiendo con ellos la alegría de seguir a Jesucristo.

Es hora de que nosotros paremos de someternos al mundo, y comencemos a transformarlo. Es hora de una nueva primavera de evangelización en la Diócesis Católica de Saginaw.

+ Rvdsmo. Robert J. Carlson, Obispo de Saginaw
6 de enero 2008, La Epifanía del Señor

PROCLAMANDO A JESUCRISTO

La transmisión de la fe cristiana consiste primordialmente en proclamar a Jesucristo para guiar a los demás hacia la fe en Él. Desde el comienzo, los primeros discípulos ardían en deseo de proclamar a Cristo: “No podemos nosotros dejar de hablar de lo que hemos visto y oído.” (Hechos 4, 20) Entonces ellos invitan a la gente de todas las eras para entrar en la alegría de su comunión con Cristo:

Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplaron y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida – pues la vida se manifestó, y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la vida eterna, que estaba con el Padre y se nos manifestó –, lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo, Jesucristo. Os escribimos esto para que vuestro gozo sea completo. (1 Jn 1: 1-4)

- Catecismo de la Iglesia Católica, #425

II. Cuando en Roma... Dando Testimonio de la Fe en una Cultura Hostil

Pensemos en los valores de la cultura contemporánea y comparémoslos con los valores del Evangelio. A lo mejor hubo un tiempo cuando la cultura apoyaba los valores del Evangelio, o por lo menos parecía hacerlo. Pero nosotros ahora vivimos en una cultura que no es particularmente amistosa, y algunas veces es activamente hostil, al Evangelio de Jesucristo.

El Evangelio nos invita a escoger la vida; la cultura nos dice que la muerte es una decisión con igualdad legítima. El Evangelio nos dice que Jesús es el Camino, la Verdad y la Vida; la cultura nos dice que hay muchos caminos, verdades y estilos de vidas igualmente válidos. Jesús mismo nos dice que la puerta que conduce al Cielo es angosta y que la puerta ancha y el camino amplio conducen a la perdición (Mt. 7, 13-14); la cultura nos dice todo lo contrario que el camino al Cielo es amplio y que el camino al Infierno es angosto.

No todo en nuestra cultura es contrario a los valores del Evangelio. Pero, al mismo tiempo, la lista de contradicciones puede ser múltiple. Lleguemos al punto final: Si no podemos señalar un número de asuntos en que los valores por los cuales vivimos difieren de los valores de nuestra cultura, entonces tenemos que cuestionar la profundidad de nuestro compromiso con las enseñanzas de Jesucristo.

Entonces, ¿qué es lo que tenemos que hacer con esta situación, en la que la fe y la cultura chocan? Realmente no es tan nuevo como algunas veces pensamos. La buena nueva y la mala es que hemos estado aquí antes como Iglesia. Y como ya hemos estado aquí, tenemos una ruta a seguir.

Nuestra situación es extraordinariamente igual a la de los primeros cristianos que vivieron en la mejor época del Imperio Romano. Durante los primeros tres siglos de la Cristiandad, la cultura y la ley romana tenían un ambiente que no era particularmente amistoso con la Iglesia, y en ciertos puntos eran abiertamente contrarias a ella. En realidad, la Iglesia primitiva estaba sujeta a continuos arranques de violencia contra sus miembros.

¿Cómo sobrevivió y prosperó la Iglesia primitiva en una cultura hostil? ¿Qué sucedió para que el Imperio Romano sea ahora solamente un tema en los libros de historia, y la Iglesia continúe

siendo una realidad viva? Fue el testimonio de los creyentes, su fidelidad en palabras y hechos al Evangelio de Jesucristo. Su testimonio de fe, en palabras y hechos, entonces ganó el día. Nuestro testimonio de fe, en palabras y hechos, puede ganar el día nuevamente.

A propósito, la palabra griega por testigo es mártir. Y ‘dar testimonio de la fe’ en los tiempos de la Iglesia primitiva fue tomado algunas veces como una forma extraordinaria de lo que llamamos ‘martirio.’ Más a menudo, sin embargo, tomaba la forma extraordinaria de compartir el Evangelio a través de palabras de verdad y hechos de amor. Por eso es que la tradición de la Iglesia distingue entre los “mártires rojos”, que daban testimonio de la fe con sus muertes, y los “mártires blancos”, que daban testimonio de su fe mediante sus vidas. La ordinaria fidelidad diaria de los mártires blancos, combinada con el heroico sacrificio de los mártires rojos, dio a la Iglesia la fortaleza de sobrevivir y florecer bajo las condiciones culturales de hostilidad - de convertir y transformar una cultura hostil, y finalmente sobrevivirla.

Esta es nuestra ruta a seguir. La Iglesia hoy, igual que la Iglesia primitiva, necesita gente que esté preparada para el martirio – gente que esté dispuesta a dejar que sus palabras y hechos den testimonio del Evangelio de Jesucristo, gente que esté dispuesta a hacer sacrificios para que la verdad del Evangelio pueda ser escuchada, nuestra cultura desafiada, y nuestro mundo transformado. Muy a menudo el sacrificio requerido de nosotros probablemente sea el martirio blanco de la vida que es fiel al Evangelio, y no fiel a la cultura. Pero también debemos estar preparados para los sacrificios extraordinarios. El mundo siempre ha demandado sacrificios extraordinarios de aquellos que desean seguir al Señor. Y, después de todo, eso es precisamente lo que Jesús mismo nos prometió y nos dijo que esperaríamos: compartir su cruz

Si alguno quiere seguirme, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz de cada día y que me siga. En efecto, el que quiera asegurar su vida la perderá, pero el que pierde su vida por causa mía la asegurará. (Lk 9: 23-24)

MUCHAS CLASES DE MARTIRIO

Así como hay muchas clases de persecuciones, así también hay muchas clases de martirio. Cada día eres testigo de Cristo. Fuiste tentado por el espíritu de fornicación, pero temiendo la llegada del juicio de Cristo y no queriendo que la pureza de la mente y del cuerpo fuera profanada: tú eres un mártir por Cristo. Fuiste tentado por el espíritu de avaricia para apoderarte de lo que le pertenece a un niño y violar los derechos de una viuda indefensa, pero recordando la ley de Dios y viendo tu obligación de dar ayuda, no actúas injustamente: eres un testigo de Cristo.

Cristo quiere que testigos como éste estén listos, tal como dice la Escritura: Hacer justicia por los huérfanos y defender a la viuda. Fuiste tentado por el espíritu de orgullo pero miraste al pobre y al necesitado y los miraste con amorosa compasión, y amorosa humanidad en vez de arrogancia: tú eres un testigo de Cristo. Lo que es más, tu testimonio no fue solamente de palabra sino también de hecho.

¿Quién puede dar un gran testimonio sino aquél que reconoce que el Señor Jesús ha venido en persona y que guarda los mandamientos del Evangelio? El que escucha pero no actúa, niega a Cristo. Aunque lo reconozca por sus palabras, lo niega por sus hechos... El verdadero testigo es aquél que da testimonio de los mandamientos del Señor y Jesús y mantiene ese testimonio con sus acciones.

- Tomado de un comentario del Obispo San Ambrosio sobre el Salmo 118.

III. Predicar Siempre el Evangelio... Si es Necesario Usar Palabras

Si no, yo no tendría ningún mérito con sólo anunciar el Evangelio, pues lo hago por obligación. ¡Pobre de mí si no anuncio el Evangelio! Si lo hiciera por iniciativa propia, podría esperar recompensa. Pero, si la cosa no salió de mí, no hago más que cumplir con mi oficio. (1 Cor 9: 16-17)

En Jesucristo hemos encontrado la ‘perla de gran valor’ un tesoro demasiado rico para guardarlo para nosotros mismos, algo que ahora ser compartido con los demás. Por eso estamos llamados a anunciar la Buena Nueva, y a hacerlo en una cultura que no siempre quiere escucharla. ¿Cómo realizamos este desafío que el Señor y la cultura combinados nos dan a nosotros? ¿Cómo anunciamos la buena nueva de Jesucristo en el mundo en que vivimos hoy?

Primero que todo, debemos tomar nuestras señales de los propios métodos de Dios para comunicar la verdad. Si miramos las páginas de las Escrituras podemos ver que Dios siempre habla a través de una combinación de palabras y hechos. En todas las páginas del Antiguo Testamento vemos el mismo ejemplo: las palabras y los hechos de Dios se iluminan mutuamente. Cada profeta que es enviado con un mensaje también recibe señales como una muestra de que el mensaje es de Dios. Jesús mismo es el supremo ejemplo de esto. Sus palabras nos dan algo en que creer, mientras sus hechos nos dan una razón para creer en él.

Nuestra proclamación del Evangelio debe ser amoldada a este método: debe ser una proclamación en palabras y hechos. Este es el método por el cual Dios guió a su gente hacia la fe en el Antiguo Testamento. Es el método por el cual Jesús guió a la gente para que creyera en él en el Nuevo Testamento. Mediante sus palabras podemos ofrecerle al mundo algo para creer en él. ¡Pero son nuestros hechos los que dan a la palabra una razón para creer – o no creer! – la buena nueva que proclamamos. Por eso es que me gusta un decir famoso usualmente atribuido a San Francisco de Asís: “Predica siempre el Evangelio... Si es necesario usar palabras.” Es un maravilloso recordatorio de la misma verdad expresada por el Apóstol Santiago: “Demuéstrame tu fe sin obras, y yo te demostraré mi fe con mis obras... así como un cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta.” El memorable decir de San Francisco nos recuerda la necesidad de proclamar el Evangelio más con nuestras vidas que con nuestros labios.

Al mismo tiempo, sin embargo, yo pienso que la gente algunas veces usa las líneas de San Francisco como una excusa para no proclamar el Evangelio con palabras, como si los hechos por sí solos fueran suficientes. Me siento obligado a recordarnos esta verdad: algunas veces las palabras son necesarias. En los tiempos del Antiguo Testamento Dios usaba palabras para comunicarse con los israelitas, hablándoles a través de los profetas. Y Jesús es la Palabra eterna, que nos habló con palabras humanas para que pudiéramos comprender la voluntad del Padre. Sabemos que las palabras solas son baratas cuando se trata de la fe. Pero algunas veces somos inclinados a olvidar el valor – aún la necesidad – que las palabras tienen algunas veces. ¿Cómo va a conocer la gente el Evangelio si nunca hablamos de él? Las palabras son una de las formas primordiales que los seres humanos usan para comunicarse los unos con los otros.

Cuando se trata del Evangelio no hay duda de que los hechos hablan más fuerte que las palabras, y que la fe sin obras es una razón muy pobre para creer. Todavía, al mismo tiempo, las acciones solas no son suficientes. En un mundo que está hambriento de significado, la claridad de las palabras es una parte necesaria de nuestra proclamación del Evangelio. Y en un mundo saturado con palabras falsas, el desafío de la Palabra del Señor debe ser verbalizado una y otra vez.

PALABRAS Y HECHOS

Hermanos, ¿Qué provecho saca uno cuando dice que tiene fe, pero no la demuestra con su manera de actuar? ¿Será esa fe la que lo salvará? Si a un hermano o a una hermana les falta la ropa y el pan de cada día, y uno de ustedes les dice: “Que les vaya bien; que no sientan frío ni hambre”, sin darles lo que necesitan, ¿de qué les sirve? Así pasa con la fe: si no se demuestra por la manera de actuar, está completamente muerta.

Y sería fácil rebatir a cualquiera: “Tú tienes la fe y yo hago el bien; ¿Dónde está tu fe, que no produce nada? Yo por mi parte te mostraré mi fe por el bien que hago. ¿Crees tú que hay un solo Dios? Muy bien. No olvides que también los demonios lo creen y, sin embargo, tiemblan.

Así como el cuerpo sin el espíritu está muerto, del mismo modo la fe que no produce obras, está muerta.

- Santiago 2, 14-19. 16

Dos mil años atrás algunos hombres llegaron al Apóstol Felipe con la siguiente solicitud: “Señor, queremos ver a Jesús.” (Jn. 12, 21) El Jesús que ellos querían ver se reveló a sí mismo al mundo tanto en palabras como en hechos. Dos mil años más tarde, hombres y mujeres vienen a nosotros con la misma solicitud: “Queremos ver a Jesús.” Si queremos mostrarles a Jesús tenemos que hacerlo con palabras y hechos.

Los hombres y mujeres de nuestro propio tiempo – a menudo y tal vez inconscientemente – les piden a los creyentes que no solamente “hablen” de Cristo, pero de cierto modo se lo “muestren” a ellos. Y, ¿no es la labor de la Iglesia reflejar la luz de Cristo en cada período histórico, para hacer que su faz brille también ante las generaciones del nuevo milenio?

(Juan Pablo II, Novo Millennio Ineunte #16)

IV. Lleva la barca a la parte más honda y echa las redes para pescar.

Cuando terminó de hablar, dijo a Simón: “lleva la barca a la parte más honda y echa las redes para pescar.” Simón respondió: “Maestro, hemos estado trabajando toda la noche sin pescar nada, pero, si tú lo mandas, echaré las redes.” Así lo hicieron, y pescaron tantos peces que las redes estaban por romperse. Pidieron por señas a sus compañeros que estaban en la otra barca que vinieran a ayudarlos; llegaron, pues, y llenaron tanto las barcas, que por poco se hundían. Al ver esto, Simón Pedro se arrodilló ante Jesús, diciendo: “Señor, apártate de mí, porque soy un pecador.” Pues tanto él como sus ayudantes estaban muy asustados por la pesca que acababan de hacer. Lo mismo les pasaba a Santiago y a Juan, hijos de Zebedeo, compañeros de Simón. Pero Jesús dijo a Simón: “No temas, de hoy en adelante serás pescador de hombres.” (Lk 5: 4-11)

Las palabras de Jesús a Pedro le hablan a la Iglesia de todos los tiempos: Lleva la barca a la parte más honda y echa las redes para pescar.” Este es el llamado a evangelización, el llamado de ir y hacer discípulos de todas las naciones (Mt. 28, 19). ¡Yo le pido a la Iglesia de la Diócesis de Saginaw que obedezca estas palabras nuevamente hoy! Es hora de que nosotros llevemos la barca a la parte más honda de nuestra cultura y nos convirtamos en pescadores de mujeres y hombres.

Al hacer este llamado yo no tengo un programa especial en mente. Evangelización significa anun-

ciar la buena nueva de Jesucristo. Lo cual no requiere un programa especial. El ya fallecido Papa Juan Pablo II dijo:

Por lo tanto, no es un asunto de inventar un “nuevo programa.” El programa ya existe: es el plan que se encuentra en el Evangelio y en la Tradición viva, es el mismo de siempre. Finalmente, está centrado en el mismo Cristo, que debe ser conocido, amado e imitado, para que en él podamos vivir la vida de la Santísima Trinidad, y con él transformar la historia hasta su realización en la Jerusalén celestial.

(Novo Millennio Ineunte, #29)

Evangelización significa dar diariamente un testimonio de nuestra fe en el Señor – algunas veces mediante nuestros hechos y algunas veces con nuestras propias palabras, otras veces en asuntos pequeños y otros en asuntos grandes. Así es como, hoy, nos convertimos en pescadores de hombres y mujeres.

En vez de anunciar un programa formal de evangelización, permítanme compartir con ustedes un pequeño consejo que yo he aprendido en mi experiencia con vocaciones al sacerdocio: preguntar. Este es uno de esos tiempos cuando las palabras son necesarias. Permítanme explicarles lo que quiero decir. Cuando yo le pregunto a un joven si alguna vez ha pensado en ser sacerdote, yo no le estoy imponiendo mi voluntad. Simplemente le estoy haciendo una pregunta. En realidad, solamente estoy haciendo una pregunta que ya ha estado implícita en su mente y la estoy haciendo explícita. Mis palabras sostienen un espejo en el cual él da un vistazo a sus propios pensamientos: “Si, yo he pensado sobre esto, y ahora ¿qué debo hacer? Al hacer la pregunta en voz alta, yo he echado las redes.

Yo pienso que de igual manera estamos invitando a la gente a seguir a Jesucristo. Esta es otra área en donde las palabras son necesarias. Las palabras necesitan estar enraizadas en una profunda relación con el Señor, o de otra manera no darán fruto. Pero también en cierto punto necesitamos verbalizar la invitación, hacerla concreta. Ya sea que estemos invitando a alguien a que considere el sacerdocio o que piense en abrazar el Catolicismo, o que estemos invitando a alguien a que practique nuevamente su fe o que haga que el Señor sea una parte más central de sus vidas, aplica el mismo simple consejo: preguntar. Preguntarle a alguien ¿Te gustaría ir a la Iglesia conmigo? no significa imponer tu voluntad en ellos. Es simplemente hacer una pregunta – tal vez es una pregunta que ellos mismos se han estado haciendo. Hablar abiertamente sobre nuestra fe en el Señor puede ser algo más allá de nuestra zona comfortable. Pero coloca al Señor abiertamente en el centro de nuestras vidas, e invita a los demás a hacer lo mismo.

La historia del llamado a Simón Pedro enseña algunas verdades importantes sobre el ser pescadores de mujeres y hombres. Primero, la historia aclara que si el Señor no lo prepara, no habrá éxito en la pesca. Recordemos que los pescadores han trabajado toda la noche, y sin el Señor ellos no hubieran pescado nada. Pero la historia aclara un segundo punto también: cuando la pesca está lista, el Señor quiere que bajemos las redes, y le ayudemos a recoger la pesca.

Cuando yo le pregunto a un joven si alguna vez ha considerado el sacerdocio, yo no sé lo que hay en su corazón, o a qué lo está llamando Dios. Pero sí sé dos cosas. Primero, si yo mismo no estoy viviendo una relación vibrante con el Señor, entonces mis palabras de invitación sonarán huecas en su corazón. Y segundo, aun si estoy viviendo mi vocación vibrante y gozosamente, si no le pregunto – con palabras – entonces solamente el testimonio de mi vida probablemente no lo llevará a considerar el sacerdocio como una opción viable. Cuando pregunto, y mis palabras están enraiza-

NO TE AVERGÜENCES DE TU TESTIMONIO DEL SEÑOR

Porque Dios no nos dio un espíritu de timidez, sino un espíritu de fortaleza, de amor y de buen juicio. Por eso no te avergüences del testimonio que tienes que dar de nuestro Señor... al contrario, lucha conmigo por el Evangelio, sostenido por la fuerza de Dios.

- 2 Timoteo 1, 7-8

das en una vida vivida en el Señor, yo estoy echando las redes. Pescar el corazón de un hombre es trabajo del Señor, no mío. Pero él me invita a compartir su labor.

Lo mismo es cierto de invitar a la gente a tener fe en Jesús, y a expresar abiertamente esa fe en sus vidas. Tenemos que vivir una vida de fe, o nuestras palabras sonarán huecas. Pero aunque estemos viviendo esa vida, todavía tenemos que preguntar, con palabras. Cuando preguntamos, estamos haciendo una invitación. Si algunos corazones irán a ser pescados es obra del Señor. Nuestro trabajo, al igual que Pedro, es echar las redes.

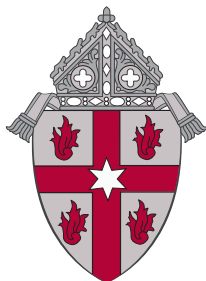
Tal como lo he visto yo en el sacerdocio, ustedes se pueden sorprender de cuanta gente está esperando que se les pregunte si les gustaría ir a la Iglesia, o si han pensado en abrazar el Catolicismo. Por lo tanto, inviten a un amigo o vecino a ir a la Iglesia, especialmente si sabes que ellos se han alejado de su fe. Luego, si ellos van, invítalos a un almuerzo y déjales que te cuenten su historia. ¡Es cierto que hay un tiempo cuando necesitamos hablar, pero también hay un tiempo cuando necesitamos escuchar!

También te puede sorprender la cantidad de gente que está esperando por una oportunidad para hablar sobre el papel del Señor en sus vidas, o cómo ellos están buscando al Señor, o cómo están luchando para caminar con el Señor. Si guardamos silencio sobre nuestra relación con el Señor – cómo Él nos ha bendecido, cómo nuestra propia jornada con Él está progresando, o cómo estamos luchando – entonces animamos a otros a que hagan lo mismo. La mayoría de nosotros no quiere ser el primero en decir algo que pueda ser desagradable. Y esperamos que alguien más se tome el riesgo. Pero, ¿alguna vez te has sentido mal porque tuviste la oportunidad de hablar sobre el Señor y no lo hiciste? ¿Alguna vez has sentido que perdiste una oportunidad de animar a alguien que está luchando? ¿O alguna vez has perdido la oportunidad de compartir una lucha, y ser animado por alguien más? ¡La próxima vez, toma el riesgo! ¡No temas! ¡Lleva la barca a la parte más honda!

Nosotros no necesitamos una fórmula mágica de evangelización. Simplemente necesitamos dejar que la Palabra de Dios – Jesucristo mismo – use sus palabras y hechos para tocar a la puerta de los corazones de la gente. El proceso comienza con la iniciativa de Dios, y solamente puede producir fruto por la gracia de Dios. Pero Él nos invita a compartir su labor. Nuestro trabajo es permitir que la invitación del Señor a “Ven a ver” fluya de nosotros en todo lo que decimos y hacemos

Dijo entonces a sus discípulos: “La cosecha es grande, y son pocos los obreros. Por eso rueguen al dueño de la cosecha que mande obreros para hacer su cosecha.”

(Mt 9:37-38.)



Published by the
Office of the Bishop
Catholic Diocese of Saginaw
5800 Weiss St.
Saginaw, MI 48603-2799
www.saginaw.org
*Made possible, in part, through gifts
to the Catholic Services Appeal.*